

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

El precio de nuestra alma.

—
Fili, serva animan tuam,
et da illi honoren secun-
dum meritum suum.

(Eccl. 3.)

Hijo, guarda tu alma y
hónrala según su mérito.

Nunca se ha disertado acerca de la dignidad humana con palabras tan ampulosas como en los tiempos que corren, ni nunca se han predicado teorías y autorizado costumbres que mas rebajen la dignidad del hombre. Falsos profetas interesados en acreditar mentiras pavorosas enseñan hoy al pueblo sencillo doctrinas soberbias que engendran todo género de locuras y siembran en el campo social sentencias inmundas que hacen germinar todo género de vicios. Tu razon, dicen al hombre, es soberana, tu voluntad *autónoma* é independiente. La

fé esclaviza tu razon, y la ley cristiana humilla tu voluntad. Rechaza, pues, esa fé y sacude el yugo de esa ley que rebajan tu dignidad, y son incompatibles con tu grandeza.—Tu fin es el goce de la presente vida.—No hay destino de *ultratumba*.—Con la muerte todo se acaba.—La ciencia ha logrado destronar el dogma caduco del cielo y del infierno.—No hay mas cielo que los goces de la tierra, ni mas infierno que los dolores y privaciones de esta vida.—Creed lo que vuestra razon os enseñe, y haced lo que os plazca.—Virtud y vicio son palabras vanas. La utilidad y el goce, hé aquí las virtudes que habeis de practicar; los dolores y las privaciones, hé aquí los vicios que habeis de evitar.

Tal es la enseñanza que se da hoy á las gentes, y tales son los

maestros que tienen cátedra pública, al amparo de la vigente legalidad, en los pueblos mas oscuros como en las ciudades mas insignes de nuestra infortunada pátria.

Conviene, pues, oponer á esas doctrinas degradantes las verdades salvadoras del Evangelio, y es llegado el momento de enseñar á los pueblos que así como la tierra no puede vivir sin el cielo, tampoco el hombre puede conocer ni conservar su dignidad y grandeza fuera de los dogmas católicos y de la ley cristiana.

Apremia la necesidad de inostrar á los fieles el precio de su alma, la estima en que deben tener su grandeza y la mejor manera de procurar su honra y su dicha.

Tengo por muy discreto y supervisor al hombre que mira á lo porvenir, aprovechando lo presente para asegurar el fin último de su existencia que es la suprema felicidad, á saber; la consecucion del sumo y eterno bien que es Dios á quien verá cara á cara como es en sí, gozándose eternamente en esta dichosa contemplacion de la divina exencia y de sus infinitas perfecciones.

Si; tenemos un alma inmortal, imágen y semejanza de Dios,

obra suya, adornada de grandes perfecciones, amada con infinito amor, favorecida con especiales privilegios, y destinada á una bienaventuranza eterna, inefable y gloriosa, superior á todo lo que puede discurrir el entendimiento y fantasear la mas fecunda imaginacion. Unida nuestra alma á este cuerpo terreno, maravilla de la creacion, pero con harta frecuencia rebelde á los dictámenes de la razon, tiene por la excelencia de su ser el principado y por la grandeza de sus destinos la dominacion sobre el cuerpo, consistiendo su dignidad y su dicha en mantener inviolable esa soberanía, y gobernar con las luces de la fé y las leyes de Dios las inclinaciones y apetitos que son sus vasallos de tal manera que le ayuden á conseguir su eterna salvacion.

Hijos de los hombres: ¿por qué amais la servidumbre que es el pecado, y correis como insensatos en pos de la vanidad? Vuestra grandeza y vuestra dicha se cifran en que guardéis vuestra alma, y la honréis como lo reclaman de consuno la alteza de su origen, la nobleza de su sér, y la grandeza de su destino. *Fili, serva animam tuam, et da illi honorem secundum meritum suum.* El honor de vuestra alma consis-

te en que ella mande y el cuerpo obedezca, en que ella dé leyes y el cuerpo las cumpla, en que ella reprima todo conato de rebelion, y no se deje dominar de los apetitos rebeldes, ni de las pasiones anárquicas.

Mientras guardéis este orden, sereis grandes y dichosos; mientras los sentidos estén sujetos á la razon, las pasiones á la ley del espíritu, el cuerpo al alma y el alma á Dios, todo será en vosotros satisfacciones, concordancias y armonias; pero si violais ese orden; si poneis la razon al servicio de las pasiones; si haceis á vuestra alma esclava del cuerpo; si os rebelais contra Dios para seguir los apetitos de la carne corrompida, todo será en vosotros inquietud, contradicciones y disonancias. Reprimid con energía toda rebelion contra ese orden, fundamento de vuestra grandeza, y condicion necesaria de vuestra dicha. Si los sentidos os incitan al pecado; si los ojos se complacen en objetos impuros; si la lengua os arrastra á la murmuracion, á palabras impuras, ó blasfemias; si las manos tienden á malas obras, y los piés á correr por las sendas del pecado, la razon os dice y la fé os manda que reprimais tamaños desórdenes, que castigais los

excesos del cuerpo, y lo reduzcáis á servidumbre. Así conservareis la dignidad de vuestra alma que, si es preciosa por la excelencia de su sér y por la soberanía que debe ejercer sobre el cuerpo y los sentidos corporales, no lo es menos por su inmortal destino. Hemos sido criados para gozar de Dios, verdad infinita y fuente de toda verdad, bien soberano, y fuente de todo bien. Tan noble, tan grande, tan excelente es nuestra alma que solo Dios es el fin único de sus aspiraciones, y el supremo objeto de la felicidad en pos de la cual tan desolada corre. Servir á Dios en esta vida para gozarle en la eterna vida, hé aquí nuestra vocacion sublime, la cifra de vuestros privilegios, el resumen de nuestros derechos, el compendio de nuestros deberes, y la base de nuestra grandeza presente y de nuestra dicha futura ¿No lo veis? ¿no lo estais viendo? ¿Quién está contento con su suerte? ¿Hay alguno que sea feliz debajo del sol? Reunid en un solo hombre las riquezas de Crésó, todos los tesoros de Salomon; elevadle á la cumbre de todos los honores y dignidades; rodeadle de todos los placeres, de todos los goces, y comodidades imaginables ¿pensais por ventura que estaria sa-

tisfecho, y se tendria por dichoso? Pensad mas bien que ese hombre hablaria como Alejandro Magno que habiendo conquistado el mundo se dolia de que no hubiese otro mundo que conquistar; pensad mas bien que ese hombre hablaria como Salomon que siendo el mas sábio, el mas rico y poderoso de la tierra exclamaba con dolorido acento: «Hé visto que todo debajo del sol no es otra cosa que vanidad de vanidades y aficcion de espíritu.» Si; todos los bienes de la tierra son como el humo y el viento, incapaces por su naturaleza, para saciar nuestra alma, sedienta de felicidad. Solo Dios es la estrella polar de nuestra inteligencia, el norte de nuestro corazon, el objeto pleno y soberano, el bien absoluto purísimo y eterno que coronará nuestro deseo y nos hará felices por toda la eternidad, convicción arraigada en la grande alma de San Agustin que arrancó de su pecho este grito sublime: Nos has hecho Señor para Ti, y nuestro corazon estará siempre inquieto hasta que descanse en Ti.

(Continuará.)

ZACARIAS METOLA.

VARIEDADES Y NOTICIAS.

LAS TRES PERLAS

(Leyenda imitada del alemán.)

Habia en un pueblecillo de Sigmaringa

un matrimonio, feliz en su pobreza, que amaba á Dios practicando sus mandamientos. Acercábase el día de Navidad, y Groetchen y Hans Wit, que estos eran sus nombres, quisieron festejar á su hija Zela con un primoroso *Árbol de Pascua*: contaba la niña tres años, y era el único fruto con que habia bendecido Dios la union de aquel feliz matrimonio.

En la tarde del 24 de Diciembre salió Hans Wit al bosque, á cortar la rama de abeto en que habian de colgarse con lazos, flores y luces, los juguetes que enviaba á Zela el Niño Jesús, en la noche de su nacimiento. Habia caido una fuerte nevada, y caminos y veredas desaparecian bajo una espesa capa de nieve, que cubria toda la campiña como un blanco sudario. Hans Wit caminaba rápidamente, sonriendo al pensar en la sorpresa que á su querida Zela preparaba, mas de repente resbala su pié en una roca del camino, y cae rodando de un despeñadero, por cuyo fondo corria un torrente. Tres aldeanos que le vieron caer se precipitaron en su auxilio; pero ya era tarde, y la furia de las aguas, aumentada por una terrible avenida, arrastro el cuerpo del desgraciado, que pronunciaba á gritos el nombre de Jesús, y se abrazaba con la rama de abeto como con el último recuerdo de su hija.

Mientras tanto, inquieta Groetchen por la tardanza de su esposo, habia hecho acostar á Zela, prometiéndole que una hora antes de las doce la despertaria; para recibir los regalos del divino Niño. Dormía ya Zela, sonriendo entre sueños al Niño Jesús, que con tanta impaciencia esperaba, cuando el señor Cura y algu-

nos parientes de Hans Wit anunciaron á Groetchen la terrible desgracia. La pobre madre cayó de rodillas junto á la cuna en que reposaba su hija, tan agena de que iba á despertar huérfana. Las lágrimas de Groetchen caian silenciosamente sobre el rostro de la niña: esta triste impresión hizo á Zela abrir los ojos. Levantó entonces la cabecita, y preguntó sonriendo á su madre:

—¿Es ya Noche-Buena?....

—¡Noche-mala, hija mia, noche-mala!
—respondió amargamente la madre.

La sonrisa desapareció del rostro de la niña como un relámpago: fijó los ojos por largo tiempo en el semblante de su madre, y apartando la mano de ésta que le presentaba algunas grotescas figuritas de barro, que debieron de adornar el árbol de Pascua, dijo secamente.

—No quiero.....

Luego escondió el rostro en el seno de su madre, y rompió á llorar, no con ese llanto estrepitoso de la infancia, sino con aquel otro llanto callado de la edad madura, que hace surcos en las mejillas. Su tierno corazón habia adivinado que era ya huérfana!

Con la muerte de Hans Wit huyó para siempre la felicidad del hogar de Groetchen. El dolor minaba lentamente la salud de ésta, y falta de fuerzas para trabajar, veia desaparecer poco á poco sus pobres ahorros. Cuando flaca y macilenta se dirigia al mercado de la aldea en busca de un sustento menos que miserable, solian decir las vecinas.

—¡Poca vida le queda á Groetchen!....
¿Qué será entonces de la pobre Zela?....

Esta se habia desarrollado física y

moralmente, y endulzaba con su cariño las penas de su madre. Ocupaba en la escuela el primer puesto, y el día del santo de Groetchen le presentó ruborizada y con los ojos bajos, una primorosa banda y unos calcetines de lana, obra de sus manos.

Dos gruesas lágrimas se escaparon de los ojos de la pobre viuda: estrechó contra su pecho la cabeza de la niña, y le dijo al oído:

—Dios bendiga tu trabajo, hija mia: pero no olvides nunca que la verdadera sabiduría está en amar á Dios, y que el mejor trabajo es el que la virtud santifica.

Zela guardaba en su corazón las palabras de su madre, é imitando sus ejemplos, crecía en virtud al mismo tiempo que en hermosura. Era su belleza grave y severa: sonrosado el color y rubios los cabellos; la mesura y modestia de su rostro parecía mas que humana, y sus grandes ojos azules parecían tener algo del cielo, además del color de la pureza.

Acercábase ya el tiempo en que Zela habia de recibir por primera vez la Sagrada Comunión. La víspera de aquel día, Zela acudió á la iglesia con sus compañeras, para oír de boca del señor Cura las últimas instrucciones y recibir á sus piés el sacramento de la Penitencia. Todas aquellas niñas, hijas de labradores acomodados, preparaban para el siguiente día un cinturón azul y un vestido blanco; solo la pobre Zela habia de llevar sus piecitos descalzos, y no podia sustituir con otro su negro y remendado traje de huérfana. La pobre sintió que una sombra de tristeza se des-

lizaba entre los santos pensamientos que embargaban su corazón, como se desliza una serpiente venenosa entre las flores de un prado. Volvióse asustada á la Virgen, y con las manitas cruzadas le pidió su auxilio.

Aquella noche al acostarse dijo á su madre:

—¡Qué mala soy, mamá!... Esta tarde deseaba en la Iglesia ir á comulgar mañana con un vestido blanco, como las demás niñas...

Groetchen le respondió tristemente:

—Desear un vestido blanco, no es malo, hija mía... Envidiarlo y entristecerse porque las demás lo tienen, si sería un pecado.

—Yo estoy alegre,—replicó Zela, fijando en Groetchen su pura mirada... ¡Pero es tan bonito un vestido blanco y un cinturón celeste!...

—No te avergüences de ser pobre, hija mía;—dijo la madre, besándola en la frente. ¿No ves que el Niño Jesús lleva como tú los piecitos descalzos? Su túnica es morada, y solo lleva por cinturón una cuerda de esparto...

Zela rezó por el alma de su padre, y se durmió tranquila con sus manos entre las manos de su madre. Esta permaneció largo tiempo velando su sueño, y le oyó murmurar sonriendo dulcemente.

También el Niño Jesús lleva los piecitos descalzos..... Su vestido es morado, y está, como el mío, lleno de remiendos.....

Poco á poco le pareció á la niña que la transportaban en sueños al pie de un viejo manzano que crecía á la espalda de la casa. Hallábase recostado en el tronco un hermoso niño, mas bello que

los ángeles; su túnica blanca esparcía un resplandor vivísimo, que sin ofender la vista la deleitaba, y la fragancia de su aliento era mas suave que la brisa de un campo de violetas. En sus pies y manos se veían señalles de llagas, y pendía de su cuello un collar de oro puro, con tres perlas que parecían haber robado sus colores al mismo arco iris; era la una verde como la primera yerba; roja la otra como un rubí encendido, y azul la tercera como el cielo en día despejado.

Zela buscó la manzana mas hermosa que habia en el árbol, y la presentó de rodillas al Niño. Colocó este la mano sobre la cabeza de la huérfana, como para bendecirla, y tomó sonriendo la manzana que le ofrecía. Zela sintió, al contacto de aquella mano herida, que todo su sér se transformaba en el sér de aquel Niño divino; vió trocarse su harapiento vestido en una túnica blanca como la nieve, y vió brillar sobre su pecho un collar de tres perlas, en todo semejante al que adornaba el cuello del Niño. Al mismo tiempo resonaron en el aire los acentos de una voz dulce como las notas de un arpa, que cantaba:

El vestido del alma justa

Es la Fé, Esperanza y Caridad.

Zela sintió en su corazón una delicia desconocida, y despertó violentamente en su camita de pajas; á sus piés dormía la pobre Groetchen, con la cabeza reclinada en el vestido remendado de la niña. El crepúsculo de la mañana alumbraba suavemente la estancia, y las campanas de la Iglesia anunciaban ya la alegre fiesta, haciendo resonar en lo alto las alabanzas del Señor.

Zela notó asustada que una palidez cadavérica cubría las facciones de su madre, y que su respiración se asemejaba á un gemido. Sacodióla por un brazo, mientras decía con angustia:

—¡Madre!.... ¡Madre!.... ¿Qué tienes?.....

—Nada, nada,—replicó ésta, desparatando sobresaltada. Vamos á la Iglesia, que ya las campanas nos llaman.

Y procurando levantarse, volvió á caer pesadamente en la camita de su hija.

—¿Estás mala, mamá?—exclamó Zela, arrodillándose á su lado... Quédate aquí y no salgas... Yo iré sola á la Iglesia, y cuando venga á mi el Niño Jesús le diré que te ponga buena.

Y al decir esto, la pobre Zela lloraba amargamente.

—¡No es nada, hija mía!—dijo Groetchen, levantándose al fin; vamos á la Iglesia, que no quiero privarme de la mayor dicha de mi vida.

Y apoyándose la una en la otra, se dirigieron ambas al templo. Era éste humilde y modesto como los habitantes de Sigmaringen: un sencillo altar se elevaba en medio, sirviendo de trono á la imagen de María; rodeábanla por todas partes guirnaldas y ramos de flores, y seis hachas de cera se consumían ante el Santísimo Sacramento, como se consumen ante Dios las almas que de veras le aman.

Las niñas que habían de comulgar hallábanse enfiladas á lo largo del presbiterio, luciendo todas vestidos blancos y cinturones celestes. Zela se adelantó, con sus piecitos descalzos y su vestido remendado, á tomar puesto entre

ellas. Sus ojos bajos y sus manos cruzadas sobre el pecho le daban el aspecto de un sér celeste.

Llegó al fin el momento solemne: el órgano dejó oír los acordes del *Pange lingua*, y las nubes de incienso se elevaron, como si indicasen á la oración de las niñas el camino del cielo. Zela se adelantó también para recibir á Jesucristo, y todos vieron entonces compadecidos, sus piés descalzos y su vestido negro. Groetchen, orando fervorosamente, la seguía con la vista; de repente los ojos de la pobre viuda se dilataron como para ver mejor, y se llevó ambas manos al corazón como si refluyese allí su vida entera. Había visto á Zela recibir al Señor, cubierta con una túnica blanca, cuyo brillo asemejaba á telas de araña los blancos vestidos de sus compañeras. En su pecho brillaba un collar de oro purísimo, y pendían de él tres perlas, azul la una, verde la otra y roja la tercera. Groetchen extendió los brazos hácia el altar, y exclamó llena de júbilo:

—¿Quién ha vestido á mi hija, como el alma después de la resurrección?...

Luego cayó con la cara en tierra, para no volverse á levantar nunca. Algunas vecinas recogieron el cuerpo inerte, y lo llevaron á su casa.

(Se continuará).

(Mensajero del Corazón de Jesús).

—

Comercio de cadáveres.

—

El libre pienso de Agén halló, según *Le Soleil*, una manera práctica de asegurar el entierro civil á los que fallezcan

habiendo pertenecido á la ilustrada corporacion de los hijos del mono.

Como nada hay menos libre-pensador que la muerte, sucedia con frecuencia que los que vivieran como dignísimos miocos, querian morir como buenos cristianos, á cuyo efecto llamaban un sacerdote para reconciliarse con Dios.

De allí que en las liquidaciones *libre-piensas* de última hora resultaron déficits de consideracion que arruinaban á la ilustrada sociedad. Y habia que impedirlo á todo trance.

¿Mas cómo?

Por medio de un ingeniosa combinacion, debida al generoso desinterés de los hermanos hijos del mono de Agén.

Entra uno en la sociedad del libre-pienso, y se le obliga á firmar un testamento, donde dispone que si se dá sepultura eclesiástica á su cadáver, la familia viene obligada á pagar diez mil francos al H.: Laporte, salchichero, teniente de alcalde de Agén y presidente de la sociedad de libres pensadores.

Con cuya cecina el salchichero y el libre-pienso van á hacer buenos embutidos.

Porque si un socio se convierte en su última hora, y la familia prefiere los diez mil francos al entierro eclesiástico de su deudo, el libre-pienso puede darse el gustazo de enterrar civilmente al difuntó.

Si el hermano se convierte y los herederos quieren que se cumpla su última voluntad, el libre-pienso tiene diez mil francos para hacer morcillas y comerlas en fraternal banquete de Viernes Santo.

Solo que si en Francia los testamentos son revocables como en España, puede

sudecer muy bien que los hermanos de Agén abran mucho la boca creyendo atrapar un buen bocado y solo se den un atracon de aire.

Bien podria ser.

De todas maneras la cosa es edificante.

Aprendan de los libre-pensadores á ser desinteresados, y á querer al hombre por el hombre, esos curas que explotan al prójimo y que ni siquiera le entierran de balde.

— — —

†

Ha fallecido en Jerusalem el venerable Religioso del Orden de San Francisco, Misionero en Tierra Santa, muy Reverendo Padre Fr. Enrique Collado, Sacerdote ejemplar, muy respetado y querido de todos, y al que tantos favores han debido los peregrinos españoles.

Por espacio de muchos años y por la perfeccion con que poseia el árabe, ejerció en Tierra Santa el ministerio parroquial, y fué superior de la mayor parte de los Santuarios y Conventos que la Orden tiene en Palestina.

Recibidos los Santos Sacramentos, y rodeado de sus Hermanos, entregó su alma á Dios el Domingo de Pentecostés, 29 de Mayo último.

R. I. P.

